

Concurso

de relatos de ciencia ficción

HOMOCRISIS

by

TOSHIBA

CALEFACCIÓN & AIRE ACONDICIONADO

homocrisis.es

**Condensador
unitario de
compresión
evacuante calórico**

ALICIA SÁEZ

**GANADORA DEL II CONCURSO
DE RELATOS HOMOCRISIS**

Alicia Sáez González (Vitoria, 1987), licenciada en Ciencias Ambientales y amante de la ciencia ficción, trekkie hasta la médula. Desde joven interesada en la literatura y el mundo de la novela. Sueña con poder publicar algún día.

El calor de aquel planeta era sofocante. Su nave se había estrellado en el tercer planeta de un sistema solar inexplorado. Se trataba de un planeta mayoritariamente de agua, aunque habían tenido la gran fortuna de estrellarse sobre la poca tierra emergida que había. Y ahora estaban allí los tres tripulantes de la nave, sanos y salvos. El sol se reflejaba sobre sus trajes plateados.

Sia entraba y salía de la nave portando piezas en un intento por restablecer su funcionamiento. Mientras tanto Sincra intentaba establecer un mapa holográfico de la zona para determinar su posición. Por otro lado el capitán Idio trataba de esclarecer si había vida o no en aquel planeta. Por suerte las provisiones no habían sido dañadas pero no sabía cuando tiempo deberían permanecer allí o si podrían volver a casa algún día, de ahí que el aprovisionamiento de víveres fuera esencial para la supervivencia de su tripulación.

Poco a poco el mapa holográfico aumentaba de tamaño mostrando individuos vivos. La mayoría eran productores primarios por la información que le detallaba el holograma, aunque también mostraba pequeños seres vivos, herbívoros y carnívoros. Éstos últimos podían ser un problema, no conocía la ferocidad de la fauna del planeta. De repente el mapa se volvió loco. Empezó a marcar un gran número de seres vivos sobre un mismo punto. Sincra llamó de inmediato al capitán.

“Una de dos”, comenzó diciendo el capitán. “O el escáner se ha dañado en el aterrizaje forzoso, o inmenso número de seres vivos juntos solo puede significar que se trata de un asentamiento”.

Un asentamiento de semejantes dimensiones no tenía por qué deberse a seres vivos inteligentes, ya que sus primeros estudios sobre ese sistema solar indicaban lo contrario. Si tenían suerte Sia reconstruiría el motor de la nave y podrían irse sin saber si el asentamiento era amigo o enemigo.

Además, su misión era observar e informar, nunca entrar dentro del sistema del planeta.

Idio se acercó a Sia, rodeado de piezas sin sentido que solo él entendía. No por nada era el mejor mecánico de la galaxia conocida.

“Informe Sia”, ordenó el capitán.

“Capitán, no tengo buenas noticias. Aunque el motor no ha sido dañado me temo que hemos perdido el condensador unitario de compresión evacuante calórico”.

Idio digirió la información lentamente. “¿Implicaciones?”

“Estamos sin velocidad de curvatura.” No había razones para dudar de la palabra de Sia.

“¿Podríamos despegar?” El semblante de Idio intentaba no reflejar las duras noticias que estaba recibiendo. Como capitán debía tomar las mejores decisiones para su tripulación. Estaban a su cargo y eran su responsabilidad.

“Entraríamos en órbita con el planeta, pero si quisiéramos volver a casa la deriva estelar nos arrastraría al hiperespacio. Es decir, necesitamos el condensador unitario de compresión evacuante calórico para regresar.”

Sia había sido claro, el CUCEC era esencial. Después de discutir distintas posibilidades Sia se comprometió a rehacerlo siempre y cuando pudiera conseguir sustituir las piezas dañadas. Era el mejor mecánico, pero no era mago.

Idio esperaba que las noticias de Sincra fueran mejores. Se acercó a él y le comentó las noticias de Sia. A pesar de lo desalentadoras que eran Sincra nunca perdía la sonrisa, era optimista hasta en los peores momentos, lo que a veces podía llegar a ser desquiciante en momentos de máxima tensión. Sincra mostró la información de la que disponía. Al parecer el supuesto asentamiento sí que era un asentamiento de seres vivos, pero lo que más llamaba la atención era que su

principal fuente de energía se basaba en combustibles fósiles. Ese dato indicaba una inteligencia incipiente, aunque aún estaban bien lejos de poder ser considerados seres vivos inteligentes.

Aunque tuvieran esa tecnología tan arcaica, es posible, como indicó Sia, que dispusieran de piezas adecuadas para sus fines. Con toda esa información Idio trazó un plan.

Tras haber andado durante media rotación del planeta, el plan parecía descabellado. La climatología de aquel planeta era una locura. Una locura que acabaría matándolos, si antes no eran devorados por los carnívoros feroces autóctonos.

El plan era simple. Se habían repartido las provisiones equitativamente y acto seguido habían marchado hacia el asentamiento de seres pseudo-inteligentes. Una vez allí tratarían de localizar las principales industrias o similares que pudieran albergar las piezas necesarias. Si durante el transcurso de la misión algo salía mal o se vieran obligados a separarse, deberían encontrarse de nuevo en el punto de partida, es decir, la nave, dos rotaciones planetarias después.

El plan era perfecto a excepción del exceso de radiación solar incidente sobre la superficie, lo que dificultaba su buen desarrollo. Aún así la tripulación no desfalleció.

Llegaron a una construcción y el escáner reveló que había un ser vivo en la parte que daba a una especie de camino. Con cautela se acercaron para medir su peligrosidad. Era un ser vivo muy peludo, el cual se encontraba sentado sobre una silla con los ojos cerrados a la sombra. A primera vista era bastante parecido a ellos. Cuatro extremidades: dos brazos y dos piernas, dedujeron; una pequeñas cabeza con receptores sensoriales y cubierta de abundante pelo largo grisáceo.

Idio localizó una vara cercana a ellos y con determinación usó ésta para despertar al peculiar animal. Portando la vara de un extremo usó el otro para golpear suavemente lo que suponía era su hombro. El animalillo no abrió los ojos, simplemente emitió una serie de ruidos extraños y guturales por la boca y continuó durmiendo. Si estos seres se comunicaban mediante sonidos guturales, pensó Idio, tendrían difícil la comunicación con ellos ya que el traductor universal se basaba en alfabetos secuenciales lógicos.

Decidido a intentarlo una vez más, esta vez golpeó el hombro imprimiendo más fuerza. El peludo ser abrió los ojos de golpe y se incorporó de un saltó, lo que provocó que las piernas empezaran a temblar del esfuerzo.

“¡Valientes cobardes! ¡Mamarrachos!”, mantenía su puño alzado. “¿Qué queréis de un pobre viejo?”

“Encantado de conocerle Pobre Viejo. Es todo un honor.” Comenzó diciendo el capitán. “Nos hemos perdido y”

“No tengo teléfono. Ya se lo dije a vuestros compañeros.” El pobre viejo se volvió a sentar sobre la silla de plástico.

¿Nuestros compañeros?, pensó Idio. Habían enviado una nave de rescate. Que gran noticia. Ya no tenía nada que temer, podrían regresar.

“Pobre Viejo, ¿podría indicarnos las coordenadas aproximadas de nuestros compañeros?” La esperanza crecía dentro de la tripulación.

“A vuestra edad ya trabajaba para ganarme la vida y a mis mayores les tenía un gran respeto. ¡Dejadme tranquilo! Seguid por la carretera y llegareis con vuestros amigos a esa convección de raros.

“Gracias Pobre Viejo. Estamos en deuda con usted.”

Los tres se alejaron con las energías renovadas tras las buenas noticias, mientras el animalillo peludo mascullaba por lo bajo antes de cerrar los ojos.

La carretera era firme y facilitaba la caminata. El sol se había inclinado cuarenta y cinco grados cuando tras subir una pequeña ladera avistaron el asentamiento. Nunca habían visto algo semejante. Sobre el natural paisaje había una gran mancha gris que nacía desde del suelo y crecía hasta el cielo. Parecía una gran explotación. Sin lugar a dudas era el sitio indicado para buscar piezas, como bien habría pensado el equipo de rescate.

Siguiendo la carretera llegaron a una extraña construcción. Cuatro grandes postes sujetaban una cubierta de chapa metálica acanalada que parecía proteger una maquina. Había dos seres parecidos al Pobre viejo, aunque éstos no eran tan peludos. Se acercaron y observaron como aquella arcaica maquina introducía algo maloliente dentro de un vehículo de transporte, aunque dudaban de su funcionamiento ya que el rozamiento de éste con la carretera era máximo.

No tardaron en averiguar que el pestilente olor procedía de la gasolina, no había que olvidar que los nativos del planeta usaban combustibles fósiles para obtener energía. El vehículo tenía un gran cartel en lo alto que decía: “Taxi. Te llevo dónde quieras”. Que suerte tenían. Se acercaron al vehículo y se introdujeron dentro bajo la atónita mirada de los presentes: el conductor del taxi y el dependiente de la gasolinera.

El taxista observó a los tres individuos por encima de sus gafas oscuras y con media sonrisa torcida. “¿A ver si adivino? ¿Vais a reuniros con vuestros amiguitos?” Al final iba a resultar que se trataba de una especie sumamente inteligente.

El resto del trayecto lo realizaron en la parte trasera del vehículo con las ventanillas bajadas, lo que resulto muy

agradable y disminuyó la temperatura. A través de las ventanillas pudieron observar con fascinación la civilización que les rodeaba. Para su sorpresa eran muy cautos y pausados a la hora de pilotar sus pequeños vehículos. Tomaban pequeñas pausas para dejar a otros pasar cada poco tiempo. La construcción era muy singular: una infinidad de materiales se fundían armoniosamente. Y lo más sorprendente era la gran variedad de seres vivos que coexistían juntos sin depredarse. Habían infravalorado aquel planeta que ahora demostraba tener un gran potencial.

El vehículo llamado taxi paró delante de un gran edificio y fue al instante engullido por una masa alborotada de nativos. La tripulación salió del taxi sin prestar atención a las exigencias y gritos del conductor, pidiendo algo llamado dinero.

La tripulación se vio arrastrada por una marea de seres que no lograron identificar. Algunos iban cubiertos por completo y otros mostraban sus vivos colores. Mostraban una variedad increíblemente bella, aunque también un poco aterradora.

“¡El planeta se muere; ¡Debemos ayudarlo!” Un gran panfleto apareció frente a sus tres pares de ojos. Quien lo portaba debía ser una hembra por los atributos que poseía. Miró a cada uno fijamente a los ojos durante unos segundos y añadió solemnemente: “Necesita nuestra ayuda”.

Idio tomó las riendas de la situación: “¿Cuáles son los principales problemas a los que nos enfrentamos?” En su análisis inicial no había detectado señales de colapso planetario, pero todo era posible. De ser así, debían contribuir en salvaguardar el planeta y a todos sus habitantes.

La hembra permaneció callada unos instantes. Al parecer no esperaba esa respuesta. Tras recomponerse dijo: “cambio climático, procesamiento de residuos, contaminación, abuso de recursos naturales, dependencia total de combustibles

fósiles...”, hizo una pausa para tomar aliento, “... ¿continuo?”

Idio meditó unos segundos y optó por la opción más drástica y rápida: “No tenemos tiempo para vuestros problemas, que no serían tales si fuerais un poco más inteligentes.” Idio satisfecho consigo mismo siguió su camino, seguido de Sincra y Sia, dentro del edificio, dejando a una hembra boquiabierta y sin palabras.

Pero aún les aguardaba una sorpresa mayúscula. Al atravesar las puertas dejaron el caluroso ambiente y se adentraron en una atmosfera fresca, a la temperatura perfecta. Sia emocionado siguió la brisa revigorizante hasta un conducto de ventilación cerrado con una rejilla. Intentó moverla pero estaba fuertemente anclada y por desgracia no llevaba consigo sus herramientas.

Volvió con Idio y Sincra. Trazaron un nuevo plan. Debían llegar a sala de máquinas, y una vez allí buscar las piezas. Por otro lado, tenían que encontrar al equipo de rescate. Sia y Sincra se encargarían de la primera parte del plan, e Idio buscaría por las cercanías indicios de sus compatriotas, reencontrándose en el mismo punto siete grados y medio después.

Sincra había dejado a Sia junto a la rejilla de ventilación mientras iba en busca de alguna herramienta que pudiera servirle. En su búsqueda vio a la hembra de los panfletos sentada en el suelo en una esquina. Estaba cabizbaja. Sincra no pudo evitar sentir ternura por la desdicha del animalillo y quiso acercarse para animarla.

“Hola hembra del tercer planeta”. Sincra le mostró su mejor sonrisa.

Ella levantó la cabeza y lo observó sin emoción. “No tengo ánimo para vuestro extraño sentido del humor. Vete a reírte de otra.”

“Te pido disculpas en nombre de toda la tripulación si te hemos ofendido. Nosotros también tenemos problemas, pero me gustaría ayudarte. La misión que estas realizando es muy noble y ardua, no deberías luchar tu sola.” Sincra la imitó y se sentó a su lado en el suelo.

“Tienes razón, luchar contra el régimen establecido no cambiara nada. A veces creo que sería más fácil dejarse llevar.” Apoyó la cabeza sobre las rodillas dándose leves golpecitos contra ellas. “Vuestro rollito en plan tripulación alienígena mola, aunque no es muy original que digamos.” Le dijo mirándolo nuevamente a los ojos. Esa personita rapada y con un traje plateado tenía los ojos más bonitos que nunca había visto, y su sonrisa era cálida y sincera. No sabía por qué pero se sentía cómoda a su lado. Sin darse cuenta comenzaron a hablar. Ella le contó cómo había dejado su magnífico trabajo en una multinacional por un empleo a media jornada en su barrio, lo que le dejaba tiempo para realizar las actividades que realmente le tocaban el corazón. Le habló de su familia, de su pasado, su presente y las perspectivas de futuro, de sus sueños y aspiraciones. De repente quiso saber más cosas de él. Sincra contagiado de su locuacidad empezó a relatarle su vida en su planeta natal, como había conseguido convertirse en piloto, sus primeros viajes y cómo había llegado a aquel planeta detallando las penalidades que habían sufrido y la misión que ahora tenían entre manos.

El semblante de la muchacha había ido cambiando de incredulidad a consternación. Se levantó de un salto ofendida e iba a increparle su mala educación cuando aparecieron Idio y Sia, con rostros no muy contentos.

“¡Las órdenes eran claras! Cuando regresemos tendré que dar parte de este incidente.” Ignorando la presencia de la muchacha continuo diciendo: “Ya hemos averiguado cómo llegar hasta la sala de máquinas. La mala noticia es que aún no he encontrado indicios de la presencia del equipo de rescate.”

“¡Estáis locos! ¿De verdad os creéis vuestros papeles? ¡Solo es ciencia ficción! Nada es real. ¿Ni siquiera tu nombre era real, verdad Sincra?” Se dio media vuelta y se perdió entre la multitud.

Alana no recordaba la última vez que había sentido tanta rabia, decepción y desilusión juntas. Se había sentido tan a gusto hablando con Sincra, o quien quiera que fuese, que le había abierto su corazón sin dudarlo y él simplemente se había burlado de ella. Se merecía una disculpa y por supuesto que la iba a obtener. Se dio media vuelta y buscó a los tres calvos entre la multitud.

La frikiconvección se había convertido en los últimos años en un fenómeno de masas. Todos querían asistir independientemente de la edad, algo maravilloso que unía a varias generaciones. Como era normal el cosplay era una norma no escrita, de ahí que fuera raro ver a personas vestidas de normal. Como no podía ser de otra forma ella iba vestida de Hiedra venenosa, aunque no era tan maquiavélica y si consideraba los medio para alcanzar sus fines.

Tras un grupo de soldado imperiales y una pareja de aliens divisó a los tres cabezones calvos, como los bautizó. Empezó a seguirlos para exigir una disculpa y aunque no los perdía de vista era difícil alcanzarlos con tanta gente. Los vio escabullirse por una puerta donde ponía “Solo personal autorizado” y tras esquivar a un par de guardias de la noche y

algún que otro ewok alcanzó la puerta. Miró a sus espaldas antes de cruzarla, cerciorándose que nadie la veía. Respirando hondo abrió la puerta.

La cerró en seguida a sus espaldas. Se encontraba en un largo pasillo con paredes de cemento. La luz provenía de largos tubos del techo. Siguió las voces de los cabezones calvos. Subió unas escaleras. Allí en lo alto, por lo que pudo apreciar, se encontraban las máquinas del aire acondicionado. Los tres supuestos alienígenas estaban discutiendo algo. Se escondió detrás de una de esas grandes máquinas e intentó escuchar. Quizás lo más sensato sería regresar a la convección donde un millón de personas serían testigos si algún psicópata calvo y con un traje de papel de aluminio perdía los papeles.

“¡Es increíble Capitán!” Ese debía de ser Sia, dedujo Alana. “Ésta sala está repleta de súper condensadores unitarios de compresión evacuantes calóricos.”

“No perdamos tiempo. Debemos llevarlo cuanto antes a la nave. Desde allí podremos comunicarnos con el equipo de rescate y regresar a casa.” El capitán tenía un aire de suficiencia, o al menos eso le pareció a ella.

Los vio trabajar mientras empezaban a desconectar una máquina de esas. No era más que un simple aire acondicionado, lo que le terminó de convencer que estaban locos. Quizás se hubieran escapado de algún psiquiátrico. La ciencia ficción y la fantasía podían llegar hacer mucho daño y si no que se lo dijera a Mark Hamill.

De repente se dio cuenta que había una cámara de vigilancia enfocándoles, tanto a ella como al trío alienígena. El miedo se apoderó de ella. No podían volver a detenerla. Sus actividades ecologistas ya le habían provocado demasiados problemas con la justicia. Sin saber por qué les alertó. En el fondo le daban pena y también miedo, para ser sinceros. Bajó las escaleras corriendo seguida de los tres. En

la planta baja vieron como la puerta del fondo, por donde habían entrado, se abría de golpe mientras por ella entraban un par de guardias de seguridad. Rápidamente les guió por la salida de emergencias. Corrieron mientras oían voces a sus espaldas. Los guió hasta el aparcamiento y allí se escondieron entre los coches. Tras unos minutos y cerciorándose de que ya no les buscaban se volvió hacia ellos. Estaban sentados abrazándose las rodillas, temblando y con los ojos muy abiertos sin pestañear. Vio a Idio y a Sia, pero no había rastro de Sincra, seguramente lo había cogido. Los escuchó sollozar como a niños. Poco a poco volvieron en sí. Alana les comunicó que Sincra había sido detenido. Idio sacó un aparato parecido a un teléfono móvil y lo activó.

No podía creerse lo que estaba viendo. Por supuesto que conocía lo que era, lo había visto muchísimas veces en películas y series, por eso sabía que esa tecnología aún no existía en su planeta. ¿Y si... y si todo lo que le había contado Sincra era verdad? De pronto una idea aterradora cruzó por su mente.

“¿Por qué habéis venido a mi planeta?” el miedo comenzó apoderarse de su cuerpo. Comenzó a sentir frío. No sabía si quería escuchar la respuesta.

“Tuvimos un problema y nos desvíamos de nuestra ruta estrellándonos en tu planeta. No era nuestra intención explorarlo, ni siquiera nos interesa este sistema solar ya que carece de vida inteligente.” La respuesta fue tranquilizadora y a la vez ofensiva. Cada vez lo tenía más claro: Idio, el capitán, no le caía bien”.

De alguna manera extraña sentía cierta responsabilidad y ternura hacía ellos, por lo que decidió ayudarlos pero primero necesitaban refuerzos. Sacó su Smartphone y envió un mensaje. Con cautela y escondiéndose entre los coches llegaron hasta su furgoneta y se introdujeron en ella. No tardaron mucho en ver como un enorme Predator de algo

más de dos metros se dirigía hacia ellos. Empezaron a revolverse inquietos e intentaron bajarse de la furgoneta, pero sin éxito, mientras gritaban una y otra vez: “¡Carnívoro!”. Predator se acercó a la ventanilla de los pasajeros traseros y arañó el cristal. Alana casi podía escuchar sus frecuencias cardíacas aceleradas. Quitó el seguro y esperó. Predator se llevó las manos a la cabeza y se la quitó, mostrando una cabeza más pequeña similar a la de ellos. Abrió la puerta y se introdujo dentro con un: “Hola amigos”. Su sonrisa era amplia y sincera.

Predator, también conocido como Raúl, era el mejor amigo de Alana y en ningún momento dudó de la palabra de su amiga, a pesar de que era médico psiquiatra. Entre los cuatro trazaron un plan. Gracias al mapa holográfico pudieron determinar que Sincra se encontraba aún dentro del edificio de la Frikiconvección. Raúl iría a por él y el resto esperarían en la furgoneta para partir en cuanto los cinco estuvieran dentro.

Raúl volvió a entrar en el edificio con la cabeza de Predator bajo el brazo. Tardó más de lo que esperaba en cruzar toda la sala de exposición repleta de frikis hasta llegar a la parte de atrás donde se encontraban las oficinas y la sala de seguridad. Llamó a la puerta y esperó. Abrió la puerta un hombre que le igualaba en altura y le doblaba en musculatura. Se presentó como el Doctor Campos y pidió ver a su paciente. El guarda de seguridad le hizo pasar a un despacho vacío donde aguardó al jefe.

El jefe era un hombre bajito y con una protuberante barriga. Lo saludó elogiando su disfraz y la tensión que había pasado la primera vez que vio la película de Arnold Schwarzenegger hacia ya muchos años. Raúl se presentó como Doctor Campos, Psiquiatra, y pidió disculpas por las molestias que su paciente pudiera haberle ocasionado.

Tras un breve intercambio de palabras finalmente el Jefe aceptó no presentar cargos y le condujo hasta Sincra. El pobre muchacho estaba hiperventilando, sentado en el suelo con la muñeca derecha esposada a la silla. Se acercó a él lentamente y se arrodilló poniendo sus ojos a la altura de los de Sincra. Con voz suave le dijo: “Hola Sincra. Soy el Doctor Campos y he venido a llevarte con Alana”. Al escuchar el nombre de la chica Sincra reaccionó posando su mirada sobre el recién llegado.

Raúl cruzó una mirada con el Jefe, y éste dio orden para que le quitaran las esposas. Con cuidado ayudó a Sincra a ponerse en pie y tras dar las gracias y disculparse nuevamente por las molestias salieron de allí. Cruzando un mar de Ironman, Darth Vader, Spiderman, Son Goku, Kenshi, Mal Reynolds, incluso alguna Buffy cazavampiros y muchos otros llegaron a la puerta de entrada cruzándola con un gran suspiro.

Alana estaba de los nervios. No por la tardanza de Raúl y Sincra, sino por sus dos acompañantes. Además el calor tan sofocante que hacía no ayudaba a templar sus nervios. Encendió el motor y puso el aire acondicionado. Un chorro de aire fresco salió por las rejillas de ventilación directamente hacía los alienígenas. Éstos se quedaron mudos durante unos instantes. Tras recuperarse de la sorpresa Idio y Sia se bajaron de la furgoneta y abrieron el capó. Alana sintió cómo el motor empezó a ahogarse y de repente dejó de ronronear. Giró las llaves del contacto, una, dos y hasta tres veces, sin éxito. No sabía lo que habían hecho esos dos cabezones calvos pero esta vez se habían pasado de la raya. Abrió la puerta del conductor y se bajó de la furgoneta más que dispuesta a leerles la cartilla. Con el capó abierto, llenos de grasa y dando saltos de alegría los encontró, con un pequeño artefacto que no supo determinar entre las manos de Sia.

No hubo tiempo para reproches, en ese preciso instante llegaron Raúl y Sincra. Los tres alienígenas se abrazaron contentos. Raúl y Alana los observaron desde un segundo plano. Sincra dejó a un lado a Idio y Sia, y acercándose a los dos terrícolas los abrazó. Idio y Sia lo imitaron, fundiéndose los cinco en un gran abrazo. Esta vez quién habló fue Idio: “Muchísimas gracias por toda vuestra ayuda, sin la cual no tendríamos a Sincra a nuestro lado ni el condensador unitario de compresión evacuante calórico”. Alana suspiró resignada, sabía lo que significaba aquellas rebuscadas palabras. Se trataba de un simple aire acondicionado. Aire acondicionado que acababa de perder su coche irremediadamente. Existen cosas peores, se dijo para sí misma, al menos aquello era por una buena causa.

El sol empezaba a ocultarse cuando dos grandes faros cegaron al grupo en pleno abrazo. Intentaron distinguir al dueño del vehículo sin éxito. La puerta del conductor de abrió y una gran sombra oscura emergió del coche diciendo: “Vosotros tres ladrones, me debéis una carrera”.

Se trataba del taxista que horas atrás los había llevado desde la gasolinera hasta la frikiconvección. Alana y Raúl cruzaron las miradas con una misma idea en mente. Rápidamente introdujeron a los tres cabezones calvos en los asientos de atrás del taxi junto con Alana, mientras Raúl ocupada el asiento del copiloto con su cabeza de Predator. El taxista no daba crédito a lo sucedido. Era imposible que le sucediera dos veces la misma situación y encima en el mismo día.

Raúl le dio órdenes claras y concisas, y con el mapa holográfico de Idio se pusieron en marcha. Poco a poco las luces de la ciudad quedaron atrás, convirtiéndose en luciérnagas que adornaban la noche. La Luna creciente aportaba serenidad y una extraña paz había cautivado al grupo.

De vez en cuando el taxista refunfuñaba por lo bajo y mascullaba que esta vez no se iban a ir de rositas. Tras pasar una granja, donde vivía Pobre Viejo según Idio, continuaron por una pista de arena siempre siguiendo las indicaciones de Sia.

Pocos minutos después los faros del taxi alumbraron una gran bola de hierro y frenó en seco. Los tres alienígenas bajaron rápidamente del vehículo y se pusieron a trabajar bajo la atenta mirada de Alana, Raúl y el taxista. No supieron cuanto tiempo había pasado cuando un zumbido recorrió toda la nave esférica. Acto seguido se iluminó levemente. Lo habían conseguido.

Idio, Sincra y Sia salieron de la nave. Sincra fue el primero en hablar: “Sois unos seres muy nobles. Nos habéis ayudado sin conocernos, sin ni siquiera ser de la misma especie. Os hace muy especiales y siempre sereis recordados con aprecio. Gracias amigos”. Alana dio un paso al frente y poniéndole una mano sobre el hombro dijo: “Gracias a vosotros por convertirnos en mejores personas. Personas que piensan en el bien ajeno antes que en su bienestar. Gracias por demostrar que podemos dar sin esperar nada a cambio”.

Sia se adelantó: “Me gustaría aprender vuestra despedida para realizarla con orgullo allá donde vaya”. Alana y Raúl se miraron cómplices y elevando la mano con los dedos corazón y anular separados en forma de uve contestaron al unísono: “Larga vida y prosperidad”. Sia lo imitó a la perfección y pareció complacido.

“Con suerte, dentro de mucho tiempo cuando seáis una especie inteligente, quizás nuestros caminos vuelvan a cruzarse”, comenzó despidiéndose Idio, “hasta entonces, cómo decís, larga vida y prosperidad”. Alana sintió pena por Sincra y Sia que tendrían que soportar a Idio todo el camino de vuelta a casa.

Sia entró en la nave para salir instantes después con tres objetos que le dio a cada uno de los terrícolas. Regalos de vuestros amigos del cielo, les dijo y volvió a entrar en la nave esta vez seguido del capitán y el piloto.

La nave aumentó su zumbido y la intensidad de las luces para perderse rápidamente en la inmensidad de la noche. Su vuelo fue tan rápido que no pudieron seguir su estela. Tras su marcha estudiaron detenidamente que eran los objetos obsequiados. Los tres quedaron mudos de sorpresa: eran tres diamantes del tamaño de un balón de rugby. El taxista por fin podría dedicarse a su vocación, el arte y no limitarse a museos y exposiciones o galerías; Raúl podría ayudar a todas aquellas personas necesitadas y; Alana podría dedicarse de lleno a la salvaguarda del medio ambiente.

Y es que como bien dice el refrán: Haz el bien y no mires a quién.

Consultar bases, premios y relatos ganadores:
www.toshiba-aire.es/concurso-de-relatos-homocrisis/